

ANA LUIZA MACHADO
DIRECTORA DE LA OFICINA REGIONAL DE LA UNESCO
PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, SANTIAGO DE CHILE

Sr. Víctor Manuel Tinoco Rubí, Gobernador Constitucional del Estado de Michoacán; egresados y funcionarios del CREFAL; señoras y señores.

Como Directora de la Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe de la UNESCO me siento muy complacida de estar presente en esta celebración de los 50 años del CREFAL en representación de nuestro Director General, Dr. Koichiro Matsuura, de quien les traigo un caluroso saludo.

Agradezco al Dr. Juan Millán Soberanes, por su generosa invitación y cálida hospitalidad en esta tierra, a la que durante medio siglo se le ha hecho costumbre acoger a un importante contingente de profesionales de América Latina y el Caribe que han venido a formarse en el servicio a la población más excluida del continente: los analfabetos.

Es sabido que, desde sus orígenes, la UNESCO se ha comprometido a “erigir en la mente de los hombres y mujeres de todo el mundo los baluartes de la paz”. Y para ello la Organización de las Naciones Unidas le concedió el privilegio de trabajar en los ámbitos de la educación, la ciencia, la cultura y las comunicaciones, que es el sustrato donde la humanidad construye sus creencias, actitudes, valores y modos de convivir.

La UNESCO ha comprendido desde siempre la estrecha vinculación entre los esfuerzos por construir la paz y los esfuerzos por educar a la población, por eso en su IV Conferencia General (1950) se propuso la creación de centros regionales para preparar maestros y materiales educativos que llevarían a cabo una verdadera cruzada mundial en pro de lo que entonces se llamaba la educación fundamental. De los cinco centros propuestos, se crearon dos, y hoy sólo el CREFAL continúa su labor con el nombre de Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe.

En el origen de esta verdadera empresa fue muy importante, además de la acción de la UNESCO, la cooperación de otras agencias del sistema de Naciones Unidas, como la FAO, la OMS y la OIT. Pero también fue determinante para la manutención del CREFAL el extraordinario esfuerzo y el apoyo técnico y financiero desplegado por la OEA.

En estos 50 años han cambiado las personas y los contextos políticos, sociales y culturales de la Región. Hoy se explicitan de nuevas maneras las viejas tensiones que se dan entre educación y desarrollo, y se hace necesario encarar los mismos objetivos de hace medio siglo con una mirada diferente que le dé un nuevo sentido a nuestro quehacer.

En primer lugar, la educación tiene que enseñarnos a resolver la tensión entre lo global y lo local. Por una parte, debe ayudar a convertirnos en ciudadanos del mundo, a hablar el lenguaje de las modernas tecnologías, a compenetrarnos de los avances de la ciencia. Pero nunca debe hacerlo a costa de perder nuestra identidad cultural, de desvincularnos de nuestras raíces, de despreciar nuestras maneras de convivir, de olvidarnos de nuestras tradiciones y de las necesidades reales de nuestras comunidades de origen.

La educación debe también enseñarnos a superar la tensión entre el largo y el corto plazo. Vivimos bombardeados por un cúmulo de informaciones instantáneas que nos inducen a concentrarnos sólo en los problemas inmediatos. La sociedad de la información nos provoca vértigo y nos puede hacer perder de vista los asuntos más trascendentes, por lo que debemos educarnos para no confundir lo urgente con lo importante.

Las políticas educacionales tienen que superar, además, la tensión entre la necesidad de preparar para el desarrollo de la ciencia y tecnología de punta, necesariamente costosa, y la preocupación por ofrecer iguales oportunidades educativas a toda la población, especialmente a las mujeres campesinas, a los pueblos originarios y a las poblaciones urbano marginales.

Estas tensiones se agudizan cuando se trata de educar a jóvenes y adultos, porque cuando hablamos de educación de adultos nos referimos generalmente a un segmento de la población donde se da con más fuerza la exclusión social.

En estas décadas ha aumentado la inequidad en la Región: se han agravado las desigualdades sociales, ha aumentado el desarraigo de las familias campesinas, han crecido las migraciones, se ha hecho más dura la pobreza, ha recrudecido la violencia social y se han agudizado los conflictos con los pueblos originarios. En definitiva, ha aumentado la impugnación a los valores integradores de nuestra sociedad y, en particular, a los conceptos de nación y de democracia, tradicionalmente considerados los fundamentos de la cohesión de las sociedades modernas.

El Estado-Nación ha dejado de ser el referente único y más importante de la ciudadanía. La gente también busca comunidades de referencia más pequeñas;

y, al mismo tiempo, otros sectores sociales buscan reagrupamientos transnacionales que esbozan nuevos espacios de identidad.

Además el concepto de democracia representativa se ve amenazado por la creciente distancia que se observa entre gobernantes y gobernados, y por la imagen de la corrupción del mundo político que aumenta el desafecto, especialmente de los jóvenes, por los asuntos públicos. A esto se suma la frustración que ha provocado en un porcentaje alto de la población la fractura del Estado Benefactor que había logrado cimentar un régimen de solidaridad básico.

En este contexto de fragmentación social y de tensiones culturales, la educación de adultos se hace más difícil. Pero es entonces cuando ella debe recuperar el sentido con que la iluminara Paulo Freire.

Ya no importa solamente el carácter supletorio de la educación de adultos, es decir, el de proveer destrezas a aquéllas personas que no alcanzaron a ingresar a la escuela o que se vieron impulsadas a su abandono. La educación de adultos importa más en su carácter permanente de ayudarnos a resolver las tensiones de la globalización y de la sociedad del conocimiento. La educación de adultos ya no es cuestión de pobres ni sólo de adultos, sino es para todos y a lo largo de toda la vida.

Ya no es sólo para enseñar a leer, sino para aprender a descifrar otros códigos, a manejar otros lenguajes y, a través de ellos, integrarse al mundo del conocimiento y de la aldea global. La educación de adultos no se tiene que contentar con sólo enseñar a descifrar palabras, sino a que cada persona pueda decir su palabra y con ella construir su realidad y constituirse en sujeto creador de cultura.

Es la capacidad de pronunciar su palabra la que le devuelve a cada ser humano su dignidad, y su anhelo de transformar el mundo en un lugar más digno, donde “se concilie la competencia que estimula, con la cooperación que fortalece y con la solidaridad que une” (Informe Delors). Una hermosa tarea para los próximos 50 años del CREFAL.